

A composite image featuring a person in a leather jacket playing an acoustic guitar in the upper half, and a close-up of a woman's face with freckles in the lower half. The background is a wall with graffiti. The text is overlaid on the image.

RELATO

MUSICA DEL
ALMA

BECCA BERGER

Música del Alma

NUEVA YORK

BECCA BERGER

Copyright © 2018 Becca Berger
Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

Gracias a ti por tenerlo en tus manos. A todas las personas que han estado conmigo durante la travesía de la escritura, gracias por apoyar cada uno de mis proyectos. Espero que disfruten de este relato.

*

Agradecimientos

Principalmente a Clara Hernández, por ser mi cómplice en cada libro, por guiarme y aguantarme en cada camino que voy.

Ange gracias por siempre apoyarme y corregir las historias.
Sin ti no sería posible.

Annie gracias por tu Amistad, apoyo y consejos.

A Mery por ayudarme a corregir, mejorar y pulir el relato.

A mi familia, a las Abogadas del Demonio. Mosqueteras y
Asuntos Parroquiales.

NUEVA YORK

30 DE JUNIO 2018

Mandy estaba con los ojos cerrados, dejando que los rayos del sol la bañaran, sentada a la orilla de la playa como tantas veces lo hizo de niña en aquel lugar. El agua que le llegaba a los pies la hacía sonreír porque era un recuerdo de él, de las noches que pasaron en ese lugar contando todos sus sueños, miedos y anhelos. Todos les habían dicho que eran muy pequeños para saber lo que querían y que nada duraba para siempre, pero para ella esos recuerdos eran lo más real que tenía en su vida. Su estómago era una

revolución de mariposas, había pasado tanto tiempo desde ese día que tenía miedo que él ni siquiera se acordara que estaría esperándolo ahí.

Con un suspiro, abrió los ojos y los sonidos del lugar que la rodeaban la inundaron: los gritos de alegría de los niños que iban con sus familias, la música de algunos de los juegos mecánicos, el olor a comida; le era difícil no adentrarse en los recuerdos que la marcaron tan profundo. Aunque habían pasado ya más de diez años, para ella era como si hubiera sido ayer. Con una sonrisa triste vio las manchas rojas que le marcaban los brazos.

—Aquí estás —dijo una voz a sus espaldas.

Mandy no necesitaba girarse para saber de quién se trataba. Sus ojos se llenaron de emoción, no había olvidado su promesa. Con un grito de alegría, se levantó de golpe y se lanzó a los brazos de Jason, quien por la sorpresa no pudo sostenerlos y cayeron riendo a la arena.

—¡Viniste! —dijo, feliz de verlo después de recuperar el aliento. Observó con atención sus facciones. Seguía teniendo aquel brillo travieso en la mirada, el azul de sus ojos se comparaba con la playa que tenían frente a ellos, su mandíbula estaba marcada, la nariz la tenía un poco chueca. Pero eso no le quitaba nada de atractivo, por el contrario, lo hacía aún más guapo y misterioso. Su cabello negro lo tenía un poco más largo de lo habitual. Definitivamente tenía el aspecto de un chico malo de la música.

—¿Lo dudabas? —preguntó con una sonrisa en los labios, mientras la ayudaba a levantarse y se sacudía la arena del cabello.

—Ahora que eres famoso, pensé que te habrías olvidado.

—Jamás lo haría, *Piccola*. Además, no soy nada famoso —dijo Jason, divertido.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no reaccionar al apodo que desde que se conocieron la llamaba, que hizo que una descarga recorriera su cuerpo. —Apenas hace unos días escuché tu canción en la radio. No sabes lo feliz que me sentí de saber que estabas alcanzando tus sueños.

—No todos —dijo, viéndola a los ojos con intensidad—. Y es tu canción. —¿Mía? —preguntó con nerviosismo, separándose un paso de él.

—Venga, vamos a comer algo. Parece que tengo que refrescarte la memoria. —Sin esperar su respuesta, tomó su mano y la guio a la zona de restaurantes.

1 DE JUNIO 2008

El silencio reinaba en la casa hogar, todos se habían ido a dormir, ya pasaba de la una de la madrugada. Sin hacer ruido, Mandy se escabulló de su cuarto al final del pasillo. Sus compañeras ya dormían y había puesto como siempre en su cama un par de cobertores por si alguien se despertaba, pensaran que se encontraba ahí.

Le daba miedo la oscuridad, pero sabía que Jason estaría ahí, al final del pasillo, esperando por ella.

—¿Jason? —murmuró con un poco de temor la niña de ocho años.

—Por aquí, *Piccola*. Sigue mi voz.

Con el poco valor que le quedaba, llegó corriendo hasta donde él la esperaba. Llevaban escabulléndose desde que tenían cinco años. Al principio, solo iban al patio, pero poco a poco se iban arriesgando más. Hasta el punto en que se atrevieron a aventurarse a la playa que se encontraba a dos calles de ahí.

Jason la tomó de la mano y sin decir una palabra, caminaron hasta llegar a la orilla de la playa, donde se sentaron frente a frente. El lugar estaba desierto, solamente los acompañaba la luna como en cada paseo que daban a la playa.

—¿Qué te dijo la señorita Adams? —preguntó con voz temblorosa, Mandy.

Los ojos de Jason brillaron con las lágrimas que se acumularon en sus ojos. Cerró los ojos, recordando las palabras que la directora le había dicho.

—Vendrán por mí el último día de este mes.

Mandy negó con la cabeza, desesperada, sus mejillas se llenaron de lágrimas y un pequeño grito de dolor y sorpresa escapó de sus labios. —No pueden separarnos —exclamó angustiada, mientras Jason la abrazaba contra su pecho.

—No lo harán —le prometió. Aunque no estaba seguro de qué haría para mantenerla a su lado. Se había convertido en parte de él, no podía imaginarse sin ella. Era su razón para ser valiente y aún no entendía bien el por qué, pero cada que la tenía así entre sus brazos, sabía que se pertenecían, y deseaba no soltarla nunca.

Poco a poco, Mandy recuperó la compostura y se separó del pecho de Jason para verlo a los ojos. —Nos vamos a escapar, nos iremos lejos de aquí —dijo con una sonrisa determinada en su redondo rostro.

Jason asintió de acuerdo. —Tenemos que escaparnos el próximo domingo. Cuando vengamos a la playa, trae todas tus cosas. Nos iremos de aquí, no podrán separarnos.

—¿Y si nos vamos mañana? —dijo impaciente, Mandy.

—Entre semana hay más gente. Tenemos que esperar al próximo domingo porque es cuando los maestros no están. Todo saldrá bien. Solo no le cuentes esto a nadie, ni siquiera a Nicole.

—Lo prometo. —Se quedó callada por unos segundos antes de continuar—. No entiendo por qué no pueden llevarnos a los dos. —En su voz se podía escuchar el dolor que le causaba que nadie la quisiera.

Jason la abrazó fuerte y le dijo al oído—: Porque no todos son capaces de ver el tesoro que eres. Pero me gusta porque no quiero compartir mi tesoro con nadie más.

—Te quiero, Jason.

—Y yo a ti, *Piccola*.

Se quedaron abrazados por mucho tiempo. No había necesidad de palabras.

Él siempre había mostrado gran habilidad para cantar y componer canciones, y ya comenzaba a tocar la guitarra y un poco de batería. Empezó a cantarle una canción que le había compuesto esa tarde cuando le habían dicho que solo le quedaban unos días en ese lugar:

*No importa la distancia, ni el lugar,
Mi corazón siempre estará contigo.
No tengas miedo que siempre estaré
Para sostener tu mano ...
La luna siempre nos mantendrá unidos,
Tarde o temprano llegaré a ti ...*

Mandy apretó fuerte sus brazos contra la espalda de Jason. Él era suyo, y unos padres adoptivos no se lo arrebatarían.

30 DE JUNIO 2018

Mandy dio un trago a su limonada, esperando paciente que Jason terminara de tomarse una foto. Llevaban un par de horas platicando en ese lugar y algunas mujeres se habían acercado a pedirle una foto, y aunque él se sentía incómodo con la atención, siempre sonreía y se portaba encantador. Ella sentía una punzada de celos y orgullo por todo lo que había logrado.

—Debo confesar algo —dijo Mandy cuando de nuevo se quedaron solos. Él solo alzó una ceja en respuesta—. No estaba segura que vendrías hoy.

—Tienes que estar bromeando —contestó, incrédulo—. Nada me habría hecho perderme el reencontrarte hoy. He contado cada día desde hace diez años. Traté de encontrarte antes, pero ninguno de los investigadores que contraté pudo dar contigo.

—Acosador —le dijo, bromeando.

—Necesitaba saber que estabas bien. —Se encogió de hombros—. ¿Qué fue de ti estos años? Nunca respondiste ninguna de las cartas que te mandé.

—No recibí nada. —Fruunció el ceño—. Cada martes durante los primeros meses corría cuando llegaba el cartero, pero jamás hubo nada para mí. —Hizo una mueca—. Después me hice a la idea que te habías olvidado de mí.

—Nunca lo hice, ni por un segundo. No entiendo qué pasó con mis cartas, pero lo averiguaré, te lo prometo.

—Ya es cosa del pasado, no es bueno remover los escombros. Ahora estamos aquí, ya nada más importa.

Jason tomó su mano sobre la mesa y se la llevó a los labios. Ella se mordió el labio, nerviosa, lo miró a los ojos y vio reflejado en su mirada aquello que su corazón también gritaba.

—Y respondiendo a tu pregunta. Estuve dos años más en la casa hogar de aquí, después me mandaron a una de Chicago, y llevo por mi cuenta algunos meses. Estoy trabajando en una revista que está comenzando en Manhattan, así que realmente no tengo mucho que contar.

—¿Y qué pasó con tus sueños de ser diseñadora de joyas?

—¿Todavía te acuerdas?

—Como si pudiera olvidar que siempre iba a la playa para conseguirte conchas y piedras para que pudieras hacer tus diseños —le dijo, acariciando suavemente su mano.

—Pues eso no paga mi renta. Así que, por el momento debo preocuparme por pagar, ya más adelante espero retomar eso. ¿Y qué hay de ti? ¿Cómo es que terminaste con tus canciones en la radio? ¿Qué tal te trataron tus papás de acogida?

—Se sonrojó al darse cuenta que le había hecho demasiadas preguntas.

—Me gusta que aún te sonrojes con todo, *Piccola* —dijo, divertido. Ella solo le sacó la lengua—. No me puedo quejar, fueron buenos padres, aunque algo estrictos. No les gustaba que me dedicara a la música así que en cuanto cumplí los dieciocho años me salí de casa. Aún tengo contacto con ellos, pero viven en Los Ángeles. Me vine con un amigo a Brooklyn y comencé a tocar en restaurantes, eventos y donde me dejaran, hasta que un día tuve la suerte de que me escuchara un buen productor musical. Todo está pasando tan rápido que aún no me creo todo lo que está cambiando mi vida.

—No sabes lo orgullosa que me sentí cuando escuché por primera vez tu canción en la radio.

—¿Por qué no me buscaste?

—¿Cómo iba a hacerlo? Recuerda que pensaba que te habías olvidado por completo de mí.

—Pero sabes que la canción que escuchaste en la radio es la que te compuse aquella noche cuando sabíamos que me llevarían lejos. Escogí justo esa canción para que supieras que te la estaba cantando.

—Admito que cuando escuché la canción, mi corazón se aceleró como hace muchos años no lo hacía. Sentía que era como hace diez años cuando me la cantaste al oído. Cada palabra entraba directo a mi alma, pero no quería...

—¿Qué es lo que no querías, *Piccola*? —le preguntó, acercándose.

—Hacerme ilusiones —dijo en un murmullo apenas audible.

—Ven aquí, hermosa —le dijo Jason mientras se ponía de pie, la ayudaba a pararse para tomarla en sus brazos y unir sus labios con un suave roce.

10 DE SEPTIEMBRE 2005

Los niños estaba anotando las últimas palabras que la maestra les había dictado cuando la directora entró al salón, seguida de una pequeña niña tímida que trataba de esconderse detrás del escritorio. La pequeña tenía la piel blanca como porcelana y el cabello rojo como el fuego, en sus ojos color miel brillaba el desconcierto y el miedo que le daba aquel lugar. Quería regresar con sus *papis*. Le había prometido al doctor que les haría caso, que se portaría bien, que haría lo que le dijeran que tenía que hacer. Solo quería ir con sus *papis*. Pero no le habían hecho caso. En cambio, la llevaron con estas personas extrañas y le dijeron que este sería su nuevo hogar.

La maestra le apretó el hombro cariñosamente, lamentando que tan pequeña hubiera tenido que pasar por eso. Nadie se había atrevido a decirle que sus padres fallecieron en un accidente automovilístico y que no tenía ningún familiar que quisiera hacerse cargo de ella.

La niña alzó la mirada llena de lágrimas y la maestra le dio una pequeña

sonrisa de apoyo. La directora hizo la presentación y solo un niño de ojos azules y cabello negro le dio una sonrisa.

El receso fue lo peor del día para ella porque nadie le hablaba, la veían de forma extraña y se burlaban por las manchas rojas que tenía en sus brazos. Se apartó de todos y se fue a sentar debajo de un árbol. El niño que le había sonreído en la clase se paró frente a ella y le dijo con una sonrisa confiada:

—Hola, yo soy Jason. ¿Y tú?

—Mandy.

—¿Quieres ser mi amiga? —le preguntó el niño con inocencia.

Ella asintió con alivio.

Y desde ese día, él fue quien la cuidó cada vez que alguien se burlaba de su *Piccola*. Se encargaba de darles una lección cada vez que la molestaban. No dejaba que nadie la viera ni siquiera mal. Era su tesoro y no dejaría que nadie se lo tocara.

8 DE JUNIO 2008

—¿Trajiste todo? —susurró Jason, mirando a todos lados.

—Sí. Tuve que dejar la pulsera que me regalaste en mi cumpleaños — contestó Mandy, haciendo un puchero—. Se la había prestado a Nicole, y no podía pedírsela sin levantar sospechas de por qué la quería con tanta urgencia.

—Te haré otra, *Piccola*.

Estaban a punto de salir de la casa hogar cuando las luces se encendieron y frente a ellos apareció la directora.

—¿Qué significa esto? —preguntó, viendo a los niños con las manos entrelazadas y la bolsa de cosas que llevaban.

—Nos vamos —dijo Jason, sacando el pecho y poniendo a Mandy detrás de él, para protegerla del regaño.

—¿Y a dónde se irán? —les preguntó con paciencia la directora. Sentía pena de separar a Mandy y Jason, ambos eran incondicionales desde que ella había llegado al hogar, pero así tenía que ser. No los castigaría, pero tampoco podía dejarlos ir sin una buena plática—. ¿Dónde se quedarán a dormir?

¿Qué van a comer? ¿Tienen dinero para sobrevivir allá afuera?

Los niños bajaron la mirada, Mandy apretando con fuerza la mano de Jason, reteniendo las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

—Dormiremos en la playa —gritó Mandy con el ceño fruncido—, y haré pulseras para venderlas.

—No pueden dormir ahí. La policía los traería de regreso o los llevaría a otro lugar y no se volverían a ver.

—Pero... —Trató de defender su escape, Jason, pero la directora interrumpió.

—Daría todo por no separarlos, pero estoy de manos atadas. Ya todo el trámite esta en curso. Tarde o temprano pasaría esto. Hice todo lo que pude. Tienen un poco más de veinte días para estar juntos, aprovechen ese tiempo. Por esta ocasión no habrá castigo, pero si intentan escaparse de nuevo, tendré que separarlos. ¿Entendieron?

Jason y Mandy asintieron, la directora les dio un beso en la frente y los dejó solos.

—¡No quiero que te vayas! —La voz de Mandy sonaba rasposa de tanto llorar.

—Nada podrá separarnos. Recuerda nuestra canción cada vez que te sientas triste —contestó Jason, sosteniéndola contra su pecho mientras tragaba el nudo que tenía en la garganta. No quería llorar porque sabía que si lo hacía, no sería capaz de irse sin ella.

—Pero no te volveré a ver. Te vas a olvidar de mí...

—¡Nunca! Siempre serás solo tú.

Los dos se abrazaron con más fuerza mientras escuchaban las voces de los que serían los padres de acogida de Jason en el pasillo.

—Te quiero, Jason —murmuró Mandy, antes de darle un beso en los labios. Ella nunca había tomado la iniciativa en los besos que habían compartido, pero quería recordar la sensación de sus labios.

—Y yo a ti, mi *Piccola*. Prométeme que dentro de diez años justo un día como hoy nos veremos en nuestro lugar en la playa.

—¿En diez años? —Los ojos de Mandy se abrieron de par en par—. Esteremos muy viejitos.

Jason rio divertido. —Tendremos dieciocho años y nadie podrá decirnos qué hacer. Podremos estar juntos de nuevo.

—¿Estás seguro? —preguntó la pelirroja mientras se limpiaba las lágrimas.

—Sí. Nos veremos en la playa y nos casaremos —dijo con una sonrisa segura, aunque sus ojos estaban tristes.

—Lo prometo. Estaré esperando en nuestro lugar.

Se dieron otro beso corto en los labios que fue interrumpido por la puerta al abrirse. Se abrazaron como si no quisieran separarse y con las lágrimas escurriendo por sus mejillas tuvieron que decirse *adiós...*

27 DE JULIO 2018

Ya había pasado un poco más de un mes desde que se habían encontrado en la playa. Parecía que las cosas iban muy de prisa, pero para ellos era perfecto. Mandy se había mudado al apartamento de Jason en Brooklyn, y estaban recuperando el tiempo perdido. El representante de Jason no veía con buenos ojos la relación ya que las recientes seguidoras del chico al enterarse que tenía novia podrían perder interés, pero a él no le importaba eso, no pensaba esconderla.

—¿Ya tienes las nuevas canciones, JC? —le preguntó David, su representante, mientras revisaba sin parar el celular.

Mandy tuvo que contenerse de rodar los ojos. No le gustaba el apodo que le había puesto, para ella no había nombre más perfecto que Jason.

—Estoy trabajando en ellas.

—Las necesitamos en cinco días, muchacho.

—Las tendrás. Deja de preocuparte. —Jason comenzaba a fastidiarse.

—No me preocuparía si... —Hizo una pausa significativa, lanzando una mirada a Mandy—, supiera que estás concentrado en lo que debes.

Jason cuadró los hombros y lo fulminó con la mirada. —Nos vamos, tengo cosas que hacer —dijo cortante, tomando a su novia de la mano. Al salir de la oficina, azotó la puerta.

—No quiero causarte problemas con él, amor. Si quieres podemos dejar nuestra salida para la próxima semana. —Trató de tranquilizarlo Mandy.

—No, iremos a dar ese paseo. No hay nada más importante que tú. —Tomó entre sus manos el rostro de su novia—. No me importa si el mundo estalla, solo quiero cumplir esa promesa que un día te hice.

Ella soltó una risita y rodó los ojos, dándole un beso en los labios.

—¿También me comprarás el helado más grande de todo Nueva York? Recuerdo que me dijiste eso cuando cumplí siete.

—Dalo por hecho.

Cuando salieron a la calle, se dieron cuenta que estaba nublado y que lo más probable es que llovería.

—Creo será mejor que tomemos un taxi si queremos llegar antes que la lluvia.

Fueron en silencio todo el camino, disfrutando de las vistas, ella con la cabeza recargada sobre el pecho de Jason, escuchando el latido de su corazón, cerró los ojos y recordó cómo a la semana que se vieron de nuevo, le propuso irse a vivir con él. Mandy no estaba convencida porque era muy rápido todo, pero sabía que era lo correcto, siempre se habían pertenecido.

Ese mismo día conoció a Justin, el mejor amigo de Jason, quien les había recomendado tomarse las cosas con calma, que solo tenían dieciocho, que irse a vivir juntos era dar un gran paso, pero Jason le contestó con tanta seguridad, que solo de recordarlo hacia que Mandy suspirara...

—*No hay nadie más para mí, si no es ella no es nadie. Ella es mi musa, mi alma, mi mejor amiga, mi único amor.*

Con ese recuerdo, abrió los ojos y vio que estaban llegando a Central Park.

—Te quedaste dormida.

—No, solo estaba pensando.

—¿Se puede saber en qué? —preguntó, intrigado.

—En ti, como siempre. —Se besaron suavemente sin importar que el taxi estuviera esperando que bajaran, ni los gritos del conductor.

Después de dar un recorrido en una calandria, caminaron tomados de la mano hasta llegar a la fuente de Bethesda.

—Este es mi lugar favorito de Central Park.

—¿La fuente? Ahora que recuerdo, siempre bailabas y cantabas con la escena de Encantada.

—¿Todavía te acuerdas de eso? ¡Que pena!

—Cómo olvidar que siempre estabas molestando hasta que conseguimos que la maestra nos pusiera la película. ¡Te sabías incluso los diálogos! —
Soltó una carcajada, divertido.

—Cállate.

Cuando se sentó en la orilla de la fuente, comenzaron a caer pequeñas gotas de agua en el rostro de Mandy. Jason de inmediato sacó una pequeña libreta y pluma que siempre llevaba con él. Solo lo observó en silencio, sabía que se había inspirado en algo y estaba escribiendo letras que le llegaban del alma. Había aprendido en esos días que cuando hacía un pequeño mohín era solo una canción que escribía por cumplir, pero cuando fruncía el ceño y se olvidaba de todo a su alrededor,

era porque esa canción significaba algo realmente especial para él.

No sabía cuánto llevaba sentada, pero la posición comenzaba a ser incómoda y la lluvia cada vez más fuerte. Terminarían empapados. Acababa de pararse cuando Jason la tomó de la mano y comenzó a cantarle al oído una nueva balada...

Eres mi música, mi amor y mi fantasía.

Estoy enamorado de cada fibra de ti.

Eres mi alma, mi melodía y mi amor

Estoy enamoro de tu piel

Y nunca dejarás mi corazón.

Cuando terminó de cantarle, sus mejillas estaban llenas de lágrimas que se confundían con las gotas de la lluvia. Ambos estaban empapados, pero no les importaba porque ese era su momento. Y nada lo estropearía en esta ocasión.

—Es hermosa la canción. Te quiero.

—Tanto como yo a ti.

Hoy era el primer día de noviembre y por fin regresaban a casa después de una gira por varias ciudades del país como Las Vegas, Miami, San Antonio, Dallas, Chicago, Atlanta y Los Ángeles. Esta última siendo muy especial para ambos porque por fin los papás de Jason habían aceptado a Mandy. Irían al concierto que tenía el veintiséis de diciembre en Nueva York, el más especial de la gira porque sería en Madison Square, ya que cuando estaban en la casa hogar, ella siempre le había asegurado que un día se presentaría en ese lugar y que lo llenaría en tan solo unas horas. Y se había cumplido. Los boletos se habían agotado el mismo día que salieron a la venta. Después de ese concierto, se tomarían unas largas vacaciones.

Jason quería que Mandy se dedicara también a cumplir su sueño. Era por eso que a pesar de estar viajando constantemente, había llevado consigo a un maestro que le estaba enseñando cuánto podía.

—Amor, tienes que bajar un poco el ritmo —le dijo Mandy preocupada, viendo las ojeras y cansancio en el rostro de Jason.

—Solo es un poco de sueño retrasado. Entre tantos viajes casi no he podido dormir, pero te prometo que ni hoy ni mañana nos sacarán de esta cama. —La tomó por la cintura y se dejó caer con ella entre sus brazos a la cama, donde le demostró lo decidido que estaba a que nadie lo sacaría de ahí.

—Una vez más, JC —gritó David, azotando la revista que tenía en las manos contra el piso—. ¿Qué demonios te pasa? Necesito que te aprendas la nueva coreografía. Tienes que presentar algo nuevo para el cierre de tu gira. —Con cada palabra iba alzando la voz.

Todos en el lugar se quedaron callados, aguantando la respiración.

—Lo siento, no sé qué me pasa —dijo Jason, agotado.

—No tienes que disculparte por nada —intervino Mandy con el rostro enrojecido por el enojo. Siempre había respetado la relación de David con

Jason, porque sabía lo importante que era para él, pero ya estaba cansada de ver cómo el hombre solo se aprovechaba de su novio. Cada día le exigía más entrevistas, conciertos, programas, queriendo que hiciera todo sin protestar, sin importarle lo agotado que estuviera. Mandy se sentía realmente preocupada por la salud de Jason y no dejaría que ese tipo siguiera tratándolo así—. A ti —señaló al representante, que estaba atónito—, solo te importa el maldito dinero. No te preocupa que Jason no duerma ni descansa, solo quieres más y más. Pero esto se acabó. Necesita alejarse de todo este ajetreo e ir al doctor. Y no me importa lo que pienses al respecto. Si no te gusta, puedes conseguir alguien más a quién representar.

—¿Quién te crees para hablarme así, muchachita? —Se acercó amenazante hasta donde se encontraba Mandy. Pero antes de que pudiera siquiera tocarla, Jason se interpuso en su camino y lo empujó.

—No te atrevas a volver a gritarle, David. Mandy lo tomó de la mano y lo separó del hombre. —Vamos a casa, amor.

—Si ella dice que te vas, así será —advirtió Jason a su representante, quién palideció al ver que no era una amenaza vacía.

Nadie se movió de su lugar hasta que ellos abandonaron el recinto.

—Perdón, Jason. Sé que no debí meterme, pero... —comenzó a decirle en cuanto estuvieron en la calle, pero él la silencio con un beso.

—Me gustó verte ruda, cuidándome. —Le guiñó un ojo antes de darle un beso en la frente.

—Y no es broma, ahora mismo vamos al doctor. —Le pasó los dedos por las profundas ojeras que tenía.

—Mañana, hoy de verdad necesito dormir. Y abrazarte.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

—Bien. Llegando a la casa, programaré la cita.

—Te recuerdo que mañana tienes el curso de modelado en 3D.

—¡Cancelaré el curso! —dijo, tomando el celular para mandar un mensaje a su grupo, pero Jason se lo quitó antes de que pudiera.

—De eso nada, *Piccola*. Tienes que ir a tu curso. Puedo ir solo o le puedo pedir a Justin que me acompañe.

—Pero...

—Nada de peros. Venga, vamos a casa. Me prometiste muchas horas de

sueño.

Mandy llegó por la noche, el curso había sido muy interesante, pero fue agotador. Lo único que quería era una malteada de fresa y los cariños de Jason.

—¿Amor? —preguntó, cerrando la puerta del apartamento.

—En la cocina —contestó Jason con voz alegre.

Cuando llegó con él, lo besó y vio todo el festín que había en la mesa.

—¿Estamos celebrando algo?

—Que estamos un día más juntos —dijo, terminando de acomodar las fresas con crema.

—Ese siempre será un gran motivo de celebración. —Lo abrazó por atrás, dándole un par de besos en la espalda—. ¿Y qué te dijo el doctor?

—Fatiga crónica —contestó, quitándole importancia.

—Te lo dije. —Sonrió con petulancia—. ¿Y te dio algún tratamiento o algo?

—Realmente no hay un tratamiento para esto salvo, descansar y relajarte. Me recomendó algunas vitaminas, pero solo en caso necesario, así que no las compré.

—Tienes que descansar al menos una semana. No puedes seguir con el ritmo que llevas, no quiero que te pase nada.

—No quiero que te preocupes por eso, en unos días se me habrá pasado.

—Hablaré con David. Nos iremos de vacaciones. Podríamos ir una semana a Los Ángeles e ir a Disneyland.

—Ya hablé con él, te tiene miedo —dijo, divertido—. No me espera de regreso hasta el diez de diciembre, así que tenemos un par de semanas para nosotros y quiero aprovecharlas hasta el último segundo.

Ella frunció el ceño, pero negó con la cabeza sacando esa idea de su cabeza.

—¿Qué estás pensando?

—Nada, fue una sensación, pero no me hagas caso —dijo Mandy, tratando de recuperar el ánimo.

Esa noche hablaron con los padres de Jason, quienes se alegraron que los fueran a visitar. Les dijeron que se podían quedar con ellos, pero él les agradeció y contestó que se quedarían en un hotel cerca de los parques temáticos. Al día siguiente estaban camino a Los Ángeles.

Durante aquellos días, Jason se dedicó a cumplir cada uno de los deseos y sueños que Mandy le había confiado cuando eran niños. La llevó a conocer el letrero de Hollywood a caballo, le enseñó a nadar con paciencia, pero el regalo que hizo que estallara en lágrimas fue cuando él se hizo un tatuaje en el brazo, exactamente como la mancha roja que ella tenía, y que siempre se ganaba miradas curiosas e indiscretas de la gente.

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó entre lágrimas, le costaba encontrar su voz.

—Porque eres hermosa tal y como eres, y quiero llevar una parte de ti en mi piel.

—Eres un tonto —dijo, escondiendo la cara en su pecho.

—Me tienes demasiado consentida —se quejó Mandy mientras veía el panqué que limón que le había llevado Jason a la cama. Sabía que era de la pastelería que una vez les había contado la directora, la que tenía los mejores panqués de limón del país, y se habían prometido que un día irían.

—Nada es suficiente, *Piccola*. Pero date prisa, que recuerda que hoy vamos a *California Adventure*.

—¿Realmente tenemos que regresar mañana a Nueva York?

—Solo serán unos días. Después del concierto tendremos más tiempo para nosotros. Y también tienes que ver tus cursos.

—Ya, ya, ya... no hablemos de eso ahora, mejor desayunemos y vayamos al área de Cars. Porque también quiero ir de nuevo al castillo de las princesas en Disneyland, así que tenemos que movernos —dijo, emocionada, Mandy.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Su boca se abrió con sorpresa cuando vio la larga alfombra blanca llena de pétalos rojos, unas cuantas sillas a cada lado de la alfombra y los papás de Jason junto con todos los personajes de Disney, esperando—. ¿Jason? —preguntó, viendo el castillo de las princesas exactamente enfrente—. Dime que no hiciste esto. —Se llevó una mano a la boca mientras trataba de parpadear furiosamente para no llorar—. No estoy vestida para esto —chilló cuando vio sus pantalones cortos de mezclilla y la sencilla blusa blanca.

—No necesitamos nada más. Solo nosotros, un juez y unos anillos. ¿Qué dices?

—¡Sí! ¡Sí! —Brincó de la emoción.

El papá de Jason la entregó en la ceremonia. No podía recordar ninguna palabra que se dijo, no recordaba ni cuando intercambiaron los anillos, porque durante toda la celebración solo tenía ojos para su esposo. Una sonrisa orgullosa se posó en sus labios cuando saboreó en sus adentros esa palabra.

Solo fue consciente de que había terminado la ceremonia cuando el juez dijo: Los declaro marido y mujer. El beso que siguió a esas palabras fue mágico y los dos estaban seguros que jamás lo olvidarían.

—Mi esposa.

—Mi esposo.

Murmuraron solo para ellos con emoción contenida.

Cuando todos los felicitaron, sonó una melodía que Mandy no conocía, pero estaba segura que era de Jason. La sacó a bailar frente a todos los curiosos que se habían quedado para ver la ceremonia.

Por siempre serás mi amor,
Cada mañana te diré te amo con un beso,
Desde que te vi, supe que eras para mí,

Fuiste la respuesta que siempre busqué.
Fue un largo viaje el que pasamos,
Pero tú y yo estamos destinados.

Nuestro amor no tendrá fin,
No importa lo que pase,
Cada día te amaré un poco más ...

El grito ensordecedor de la gente retumbaba en todo Madison Square. Ver en el escenario a Jason aquella noche fue algo mágico. Aún no podía creer que era la señora Parker, que su vida hubiese cambiado tanto en tan solo unos meses. Él le había enseñado a confiar, a quererse y a aceptarse tal y como era; ya no sentía la imperiosa necesidad de cubrirse los brazos con mangas largas para que nadie le viera sus manchas. Jason era su guía en esta vida, aprendió de su mano a ver la vida de otra forma. Solo él podría haberla hecho amar y confiar de nuevo. La pérdida de sus papás la había marcado, pero desde que eran niños, Jason fue curándola herida a herida. Jason cerraría con una canción en la que estuvo trabajando durante los últimos días. Decía que esa era otra canción para el álbum que sacaría: Música del alma.

Las luces del escenario se apagaron por completo, su esposo apareció a mitad del escenario sentado con su guitarra en el regazo. —¡Gracias por estar esta noche aquí! —gritó para el público. Esperó a que terminaran de vitorear antes de continuar—. Esta noche es muy especial. Hay una canción que quiero dedicar a mi esposa... Te amo, Piccola. —Una luz se cernió sobre Mandy, quien se había quedado quieta en su lugar, y poco

a poco, la más hermosa y resplandeciente sonrisa apareció en sus labios.

Tengo miedo de aferrarme a esta esperanza,
Han cambiado tanto las cosas,
El futuro es incierto ...
El resto de mis días los quiero pasar contigo,
Cada vez que veas la luna recuerda mi amor
por ti ...

Lucharé cada día para estar contigo,
Piccola tienes que confiar que todo esto pasará ...
Siempre seré tu ángel, tu alma, tu destino ...

Mandy escuchó cada palabra con el corazón en la mano. No entendía bien a qué se refería con los cambios, pero había rumores que tendrían que irse una temporada a Inglaterra. No le importaba ir al fin del mundo con él.

La canción terminó y el escenario quedó en la oscuridad. Los gritos y aplausos estremecieron el recinto.

Esa noche fueron a cenar para festejar el éxito del concierto y llegando a casa hicieron el amor de una forma tan especial, que pasaron varios minutos para que alguno de los dos pudiera hablar.

—Te amo, Jason —murmuró, adormilada, Mandy con la cabeza recargada en su pecho, escuchando su sonido favorito, el latido de su corazón.

—También te amo, más que nada en esta vida —contestó Jason, cansado después de un día agotador, pero con una sonrisa en los labios—. Así quiero

dormir cada día que me quede, contigo entre mis brazos.

Después de unos minutos, ambos se quedaron dormidos con una sonrisa en sus rostros.

Mandy despertó con un suspiro de satisfacción, se sentó en la cama y observó como dormía apaciblemente Jason. Vio el reloj en la mesita que tenían junto a la cama y se dio cuenta que ya pasaba de medio día, habían dormido mucho esa mañana.

—Amor. —Movié suavemente a su esposo. Frunció el ceño al sentirlo frío y ver que no respondía. Comenzó a observarlo con más detenimiento, con un creciente pánico que se expandió en su pecho—. Jason, Jason, Jason. —Lo movió con fuerza, pero seguía sin responder.

—¡Noooooooooooo! —un grito desgarrador llenó el silencio de la habitación—. ¡Despierta amor! ¡Tienes que despertar! —Vio cómo su pecho no se movía, y con un temor paralizante, llevó sus manos a su muñeca y cuello, pero el cuerpo seguía inerte.

Movió la cabeza negativamente una y otra vez, sin dejar de mover el cuerpo de su esposo, las lágrimas cayendo descontroladamente por su rostro—. Bebé, despierta. Tenemos que prepararnos para irnos de viaje —dijo con un nudo en la garganta. Se recostó en su pecho donde siempre le gustaba escuchar el latido de su corazón, pero ahora solo había silencio mortal.

Él se había ido...

Jason la había dejado...

—¡No, no, no, no! Esto es un mal sueño, o una broma, ¿verdad? —murmuró, desesperada, sin separar su cabeza del pecho de su esposo—. Por favor, bebé. ¡Despierta! —terminó gritando con la voz quebrada—. No me hagas esto, no puedo vivir sin ti... No me alejes, llévame contigo, donde estés...

Comenzó a llorar descontroladamente, gemidos entrecortados salían de su garganta, se estaba ahogando con su propio llanto. Pero nada podía detener la destrucción y vacío que sentía en su interior, era como si le hubieran

arrancado toda la esperanza, amor y alegría con tan solo un golpe. Solo era capaz de sentir dolor y desolación. Era tan fuerte el sufrimiento que sentía en el pecho que parecía que algo en cualquier momento explotaría.

—Me prometiste que siempre estaríamos juntos —le recriminó al cuerpo de Jason. Después de esas palabras, otro grito agónico escapó de sus labios —. Te necesito tanto...

No supo cuánto tiempo pasó, quizá horas o días, pero no separó la cabeza del pecho de su esposo. De pronto, escuchó a lo lejos cómo alguien abría la puerta de su apartamento. Era Jenny, la chica que les ayudaba con las tareas domésticas. Mandy apretó fuerte su brazo contra el abdomen de Jason, cerrando los ojos, sin dejar de derramar lágrimas. Escuchó la manija de su puerta y luego el grito de Jenny.

—Señora Parker. —Sintió como tiraba de su hombro, pero ella se apartó de su toque con violencia. No dejaría que nadie la separara de Jason—. Tengo que llamar a la policía —añadió la empleada con tristeza en la voz después de unos minutos.

Mandy no contestó nada, no tenía fuerza ni para abrir los ojos. Solo necesitaba escuchar la respiración de Jason, sentir el calor de su cuerpo.

El funeral fue una de las partes más difíciles para Mandy. Al ver que su féretro era cubierto de tierra, supo que sería la última vez que lo vería. Estuvo a punto de lanzarse con él, pero solo Catherine, la madre de Jason, quien la sostuvo del brazo, fue quien le impidió hacerlo. Aún no entendía qué había pasado. Le costaba respirar, cada bocanada de aire era como si un cuchillo se clavara en su pecho, no le quedaba fuerza para levantarse ni seguir adelante. Era como si la hubieran atropellado y arrojado a un barranco, su cuerpo y mente no reaccionaban, una parte de su alma se había ido con Jason, y jamás la podría recuperar.

Era incapaz de ver, escuchar, o sentir todo lo que le rodeaba.

Jason era su vida. Sabía que jamás lo olvidaría ni podría borrarlo de su corazón ni de su vida.

Mandy observó a todos a su alrededor y vio que muchos tenían las

mejillas cubiertas de lágrimas, pero no podía sentir pena por ellos. Ellos no habían perdido la razón de su vida.

Le dolía tanto el corazón...

—Me duele conocernos bajo estas circunstancias —dijo el abogado de Jason—. Cuando Jason se enteró que estaba muy enfermo, quiso dejar todo arreglado —se aclaró el nudo en la garganta. Debía estar acostumbrado a esta escena, pero nunca era fácil asimilar que alguien tan joven, con el futuro en sus manos, se fuera de esta manera—. Él dejó un paquete para cada uno. — Les entregó primero una caja negra a los papás de Jason y luego, una a Mandy.

Mandy aferró sus manos a la caja con tal fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Estaba tan perdida en el recuerdo de Jason, que no escuchó cuando el abogado comenzó a leer su última voluntad. Solo se filtraron algunas palabras en su cerebro: heredera universal, Mandy Parker, regalías...

—Necesito estar sola —interrumpió Mandy—. ¿Puedo retirarme?

—No creo que haya ningún problema —contestó Steven, viendo a los padres de Jason, que negaron con la cabeza de inmediato.

—Gracias —se le quebró la voz—. Necesito... —No necesitó decir más, todos en ese cuarto sabían que quería ver el contenido de su caja.

Caminó con la cabeza baja hasta su habitación, puso la caja en el centro de la cama y se le quedó viendo, temiendo lo que había en su interior. Con un suspiro cargado de dolor, retiró la tapa y lo primero que vio fue un sobre con su nombre, lo tomó de inmediato y comenzó a leer la carta...

Mi Piccola, no llores más... deja que el dolor se aleje de tu vida. Sé que te estarás preguntando por qué jamás te dije que estaba enfermo. Cuando fui al doctor, me dijo que tenía un extraño caso de ataxia de Friedreich. No tenía cura por lo agresivo y avanzado que estaba, mi corazón ya estaba fallando, cada día estaba más débil. Si no te dije, fue porque quería pasar hasta el último día de mi vida viendo tu sonrisa y la felicidad en tus ojos. Ese siempre será mi mayor tesoro. Ver el reflejo de amor en tu mirada.

No quería ver que se empañaran con dolor y preocupación, eso hubiera acabado conmigo.

Le robamos al destino unos meses maravillosos que siempre estarán con nosotros. Desde el día que llegaste al internado con el cabello alborotado y viendo a todos como una pequeña liebre asustada, me robaste el corazón. Sabía que solo tú podrías ser dueña del mío.

Muchos dirán que nadie puede amar a los cinco, diez o dieciocho años, pero es porque ellos no han conocido el cielo al besar tus labios, ni hacerte el amor bajo la luna. Pocas personas tienen el regalo de tener una historia como la nuestra. Quisiera estar ahí para borrar cada rastro de lágrima con mis besos, pero la vida así lo quiso. Nunca estarás sola, sea donde sea que ahora esté, siempre te cuidaré y protegeré de todo. Por nuestro amor quiero pedirte algo, sé que quizá en este momento te parece algo descabellado, pero cuando estés lista quiero que vivas, disfrutes tu vida, seas feliz. Lucha por tus sueños, sigue adelante. Yo estaré esperándote al final del camino y en la otra vida compartiremos cada día. Este amor seguirá su camino y nos uniremos como aquí no pudimos.

Cada vez que veas la luna, recuerda mi amor por ti...

*Te amo hasta la eternidad,
Jason.*

Las lágrimas nublaron la vista de Mandy y aferró la carta contra su pecho. —No sé cómo viviré sin ti, mi amor...

SIETE MESES DESPUÉS...

Mandy subió acalorada al vagón del metro. Se sentó en el primer asiento vacío que encontró, y estaba por ponerse los audífonos para perderse en su mundo, cuando un chico de rasgos asiáticos sacó una guitarra en medio del

lugar y comenzó a cantar una melodía que ella se sabía de memoria.

La luna siempre nos mantendrá unidos,
Tarde o temprano llegaré a ti ...

Una sonrisa triste curvó los labios de la pelirroja, mientras que una lágrima se escapaba de sus ojos. Desde el fallecimiento de Jason, varias de sus canciones no habían salido de las listas de popularidad. Era imposible no ir a alguna parte sin escuchar su voz.

Con un gesto protector, colocó una mano sobre su abultado vientre.

—Esa canción es de Papi —murmuró con la mirada nublada...

Fin

Acerca de Becca Berger

Sus novelas:

Complicated.

Segundas Oportunidades.

Desertion.

Próximos Proyectos:

Retribution.

Sin Alas.

El novio de mi jefe.

Mentiras Piadosas.

Destiny.

En línea:

Facebook: BeccaBergerAuthor

Twitter: @BeccaBerger17

Instagram: @BeccaBergerautor

Goodreads: BeccaBerger

Correo de contacto: autorbeccaberger@gmail.com